



Reseñas



Aparición del goce

Margarita Gasque

El libro *Goce*, de Néstor Braunstein, tiene en la portada —y supongo que no por casualidad— un diseño de Gunther Gerzso, cuyo título es justamente “Aparición”.

“Aparición” es también el nombre de una acuarela presentada en el salón de 1876 por el pintor simbolista francés Gustave Moreau. La imagen presenta a Salomé: “Deidad simbólica de la indestructible lujuria” y “Diosa de la inmortal histeria” —según palabras de Huysmans— horrorizada ante la visión terrible de la cabeza decapitada de san Juan el Bautista.

Según la tradición bíblica, al momento de nacer san Juan, Zacarías, su padre, recobró el habla que había perdido cuando dudó de la promesa del ángel de que tendría un hijo. San Juan, el profeta, que bautizó a Jesús en el Jordán, reprobó el incesto de Herodes y como resultado fue puesto en prisión y luego mandado a ejecutar para complacer a Herodes.

En la ópera *Salomé*, de Richard Strauss, basada en el drama homónimo de Oscar Wilde, Herodes pide a Salomé que baile para él, prometiéndole como recompensa cualquier cosa que desee. Y Salomé baila. Al

Braunstein, Néstor A. Goce, Siglo XXI, México, 1990.

final de la danza de los siete velos —no cualquier danza— se abandona a los brazos de Herodes y pide la cabeza de san Juan. Su deseo se realiza, pero al final le cuesta la vida. (Incesto, lujuria, misterio de la mujer, goce femenino, deseo de la madre, mutilación, muerte, goce.)

La asociación trae a mi memoria una cita de Anatole France: “Tus deseos se realizan de modo inesperado, y como al imprudente Teseo, una voz te dice: Temed, Señor, que el implacable cielo en castigo realice vuestro anhelo”. Esto sólo para señalar la dimensión siniestra de la instantánea realización del deseo.

Otro san Juan, el evangelista, también autor del apocalipsis, discípulo de Juan el Bautista e hijo de Salomé, otra Salomé, prima hermana de la virgen María, comienza su evangelio diciendo: “En el principio era el verbo”.

En el principio de su libro, Néstor Braunstein juega con esta sentencia y con otra que dice: “En el principio era el goce”; para decir que “sólo hay goce en el ser que habla y porque habla” (p. 11). Con esto, el autor se entrega a la tarea imposible de



elaborar un discurso sobre el goce, “ese inefable que es la sustancia misma de lo que se habla a todo lo largo de un análisis” (p. 12).

Difícil trabajo de escritor que a fuerza de doblegar al verbo, hace de la palabra el vehículo de lo indecible.

La aparición del libro *Goce* es resultado de una larga elaboración. Durante varios años, el autor ha trabajado la problemática abierta por el concepto de goce en psicoanálisis; labor que ha ejercido en varios espacios, entre ellos el seminario de posgrado en la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de México.

Un trabajo de lectura es ya una interpretación, momento en que convergen todos los determinantes de la subjetividad del lector. La lectura es por sí misma un acto de creación, producción de un sentido. Para un texto no existe un sentido único, y tampoco “el” sentido verdadero. Más que una acción, la lectura es un ejercicio, una ejecución que a la manera de un músico ante una partitura, interpreta en su personalísimo estilo, encontrando y construyendo una diversidad de soluciones a un mismo tema, a un mismo problema. El libro de Braunstein es efecto de un estudio serio sobre las vicisitudes del goce, tanto en la teoría como en la clínica psicoanalítica.

No es mi intención resumir el libro ni reseñarlo, sino sólo destacar algunos pasajes donde la aparición del goce ha dejado una marca indeleble.

Aparición del goce en la conceptualización teórica del psicoanálisis

La noción de goce como tal es tomada por Lacan de la *Filosofía del derecho* de Hegel, pero es

Lacan quien hace del goce un concepto central en la teoría psicoanalítica.

Aunque Freud no haya realizado una teoría del goce, es en la retroactividad de la lectura, de Lacan a Freud, que puede afirmarse que el goce aparece en todo momento de la elaboración freudiana. Más allá del principio del placer, lo que hay es goce.

Goce que no es placer, goce que es un exceso, un más allá, un plus, inefable y prohibido. Lugar extranjero e inaccesible en la interioridad misma del sujeto. Ello, goce que está cifrado y, como letra, es escritura por descifrar.

El inconsciente, estructurado como un lenguaje, es ya un



decir. El inconsciente dice su verdad de goce en los sueños, en los *lapsus*, en los actos fallidos. En palabras de Braunstein: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje pero es en el análisis donde se ordena como discurso [...] Y al ordenarse como discurso, palabra dirigida al otro, se carga de sentido insólito, se revela como saber subyacente al sujeto, se muestra como portador del goce que atraviesa el ahora permeable diafragma de la palabra que hasta entonces lo bloqueaba (pág. 138). La aparición del goce como entidad psicoanalítica plantea la necesidad de un nuevo abordaje en la clínica.

Aparición del goce en las estructuras clínicas

“...si la clínica es el modo de relación del sujeto con el goce que pasa por la mediación del diafragma de la palabra y si la clínica no tiene otra base sino lo que se dice en un análisis, y lo que se hace en una análisis no es otra cosa que crear condiciones para el apalabramiento, entonces la experiencia psicoanalítica está jugada íntegramente en la

relación del sujeto con el goce (pág. 208).

Considerar al goce como punto de partida en el estudio de cada caso, permite situar de manera más clara, los diferentes modos en los que el sujeto se posiciona ante su propio goce.

La palabra se constituye como aquello que permite la regulación del goce, que haciendo la función de diafragma —y aquí Néstor hace una analogía con respecto al diafragma de la cámara fotográfica— pone barreras al goce.

Los avatares del goce se diversifican en las estructuras clínicas: en el caso de la psicosis, la palabra no cumple su función de diafragma; el psicótico está inmerso en el lenguaje, pero se encuentra excluido del discurso que hace vínculo social, y el sujeto es invadido por el goce que experimenta bajo la forma de la alucinación.

En la neurosis, el diafragma se encuentra obturado; la represión impide que la palabra sea dicha. El hablante enmudece y en su lugar aparece el síntoma. El sujeto se convierte entonces en una organización defensiva

contra el goce, que es vivido como síntoma.

Goce del obsesivo en mantener su deseo como imposible.

Goce de la histérica en sostener su deseo insatisfecho.

Goce del fóbico en preservar su deseo prevenido.

En el caso de la perversión, el sujeto pierde su lugar de sujeto para convertirse en objeto, instrumento, herramienta del goce del otro.

Aparición del goce en la práctica analítica

“...el inconsciente es desciframiento del goce y sus productos son susceptibles de interpretación. La praxis del análisis consiste en intervenir sobre el discurso desarmando la trama de significaciones para que aflore ese goce del desciframiento de un saber...” (pág. 149).

Saber del que finalmente el sujeto es efecto.

Aparición del goce en la experiencia psicoanalítica

“La experiencia del análisis pretende, en la figura del

analista, encarnar y suprimir a ese otro del diálogo y de la resistencia para que el goce bloqueado en sistemas de inscripción no descifrados pueda ser objetivado” (pág. 138).

“El análisis será así proceso de lectura... que haga audible lo que está inscrito y desconocido para el sujeto: el goce mismo.” (pág. 33).

Y aquí es donde el autor se lanza en busca del tiempo de Proust por el camino del desciframiento del goce. Muchos han sido los intentos de hacer psicoanálisis aplicado; a las obras de arte, a la literatura, a escritores, a pintores, etc. Pero éste no es el caso. No se trata aquí del psicoanálisis aplicado al arte, sino más bien del arte aplicado al psicoanálisis. Es el artista quien tiene algo que decir, algo que enseñar al psicoanálisis y no al revés.

Marcel Proust, dice Néstor, trabajaba con una sustancia que es la misma de la que se ocupa el psicoanálisis: el goce.

La búsqueda proustiana, como la de Freud, como la de Lacan, es la pregunta por las claves a las que obedece la subjetividad.

En su trabajo de escritor, Proust es lector, su empresa es desciframiento apalabrado del goce-tiempo perdido. Podría decirse que su monumental obra, *En busca del tiempo perdido*, es producto de la lectura que Proust ha hecho sobre los signos —anteriormente desconocidos— de su propio libro interior.

Cito a Néstor citando a Proust:

“...un gran escritor no tiene, en el sentido corriente, que inventar este libro esencial, el único libro verdadero, puesto que ya existe en cada uno de nosotros; tiene que traducirlo.

“El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor [...]

“Este trabajo del artista, que trata de ver bajo la materia, bajo la experiencia, bajo las palabras, alguna cosa diferente, es exactamente el trabajo inverso de aquel que, en cada minuto, cuando vivimos apartados de nosotros mismos, al amor propio, la pasión, la inteligencia y la costumbre también cumplen en nosotros, cuando amasan, por sobre nuestras impresiones verdaderas, y para ocultárnoslas por completo, las nomenclaturas y los fines prácticos que

llamemos falsamente la vida... este arte tan complicado es, precisamente, el único arte viviente. Sólo él expresa para los demás y nos hace ver a nosotros mismos nuestra propia vida, esta vida que no puede observarse, y de la cual las apariencias que uno observa necesitan ser traducidas y a menudo leídas a la inversa y penosamente descifradas. Este trabajo que había hecho nuestro amor propio, nuestra pasión, nuestro espíritu de imitación, nuestra inteligencia abstracta y nuestras costumbres, es tal el trabajo que el arte debiera deshacer, es la marcha en sentido contrario, el retorno a las profundidades donde lo que ha existido

realmente yace desconocido por nosotros, que él nos hará seguir (...)"

Este trabajo del artista —dice Néstor— tiene íntima relación con la práctica del psicoanálisis en tanto que es un desmontaje de los espejismos de lo imaginario (pág. 147).

Esto nos lleva necesariamente al planteamiento de una cuestión ética.

Aparición del goce en la dimensión ética del psicoanálisis

Se trata de una ética y no de una moral, porque la moral está del lado del deber ser, de los ideales, y la ética del psicoanálisis, más

allá de los ideales, más allá del bien y del mal.

¿Hacia dónde se dirige un análisis? ¿Cuál es la consecuencia de la producción, lectura, desciframiento del goce? La ética analítica está comandada por el deseo.

Cito a Néstor citando precisamente a Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*:

“Moralizar... ¿No sería una cosa inmoral?”

El psicoanálisis sigue una dirección ética: la apertura de un campo de goce por vía de la palabra, que permita al sujeto actuar más allá de la resignación y la culpa... siempre conforme a su deseo.

